

Axel Ramírez
Educación y cultura chicana en Estados Unidos
Reencuentro, núm. 37, agosto, 2003, pp. 7-22,
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34003702>



Reencuentro,
ISSN (Versión impresa): 0188-168X
cuaree@correo.xoc.uam.mx
Universidad Autónoma Metropolitana Unidad
Xochimilco
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Educación y cultura chicana en Estados Unidos

Axel Ramírez*

Universidad Nacional Autónoma de México, México.

*Responsable del proyecto PAPIIT IN 306301,

“Los latinos en Estados Unidos:
¿una cultura emergente?”

Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM.

Correo electrónico: axel_ram@hotmail.com

*¿Recordarás el país?
Lo recordarás y no es uno;
Son mil países con un solo nombre.
Eso lo sabrás.*

Carlos Fuentes. *La muerte de Artemio Cruz*.

Resumen

La cultura chicana siempre ha tenido, como característica fundamental, una fuerte carga de la cultura mexicana; comparte con ésta normas y valores que tienen un carácter simbólico, de ahí que defiendan su propio derecho de conservar sus raíces y de autodesignarse orgullosamente como *chicanos* dentro de la sociedad anglosajona contemporánea. Por razones demográficas y socioeconómicas, la cultura mexicana ha influido notoriamente en varios grupos de descendientes de mexicanos, cada vez más numerosos, que mantienen sus diferencias con la cultura mayoritaria.

En vez de asimilarse al *american way of life*, el chicano adopta y adapta valores culturales, reforzando sus orígenes para poder sobrevivir y satisfacer necesidades mínimas.

Es factible aseverar que la historia de México siempre ha estado presente en la comunidad chicana desde antes de 1848, pero sin lugar a dudas, es mucho más simple detectar que dicha historia se introduce en el pensamiento chicano a partir de la década de los años sesenta, coincidiendo con el interés de los propios anglos por conocer su cultura.

Palabras clave:

Educación chicana
Cultura chicana

Abstract

Chicano culture has always had a strong element of Mexican culture; sharing with it a set of symbolic standards and values. Chicanos claim the right to preserve their roots and proudly call themselves Chicanos in contemporary Anglo-Saxon society. For demographic and socioeconomic reasons, Mexican culture has had a notable influence on a number of groups of Mexican descendents. Continually increasing in population, these groups maintain their differences from the majority culture.

Rather than assimilating into the American way of life, Chicanos adopt and adapt cultural values, reinforcing their origins in order to survive and to satisfy their minimum requirements.

It could be claimed that the history of Mexico has always been a part of the Chicano community, even previous to 1848, but it is certainly much easier to discern the influence of Mexican history in Chicano thought from the 1960s onward, coinciding with an increase in Anglo interest in learning about their own culture.

Key words:

Chicano education
Chicano culture

La guerra de las etiquetas

La cultura chicana siempre ha tenido, como característica fundamental, una fuerte carga de la cultura mexicana; comparte con ésta normas y valores que tienen un carácter simbólico, de ahí que defienda su propio derecho de conservar sus raíces y de autodesignarse orgullosamente como *chicanos* dentro de la sociedad anglosajona contemporánea. Por razones demográficas y socioeconómicas, la cultura mexicana ha influido notoriamente sobre varios grupos de descendientes de mexicanos, cada vez más numerosos, que mantienen sus diferencias con la cultura dominante.

En vez de asimilarse al *american way of life*, el chicano adopta y adapta valores culturales, reforzando sus orígenes para poder sobrevivir y satisfacer necesidades mínimas.

Es factible aseverar que la historia de México siempre ha estado presente en la comunidad chicana desde antes de 1848, pero sin lugar a dudas, es mucho más simple detectar que dicha historia se introduce en el pensamiento chicano a partir de la década de los años sesenta, coincidiendo con el interés de los propios anglos por conocer su cultura, sobre todo cuando sale a la luz el texto *Yo soy Joaquín/! am Joaquín*, de Rodolfo Corky González, que se convierte en uno de los factores clave en la búsqueda de la identidad chicana; los hace volver la mirada sobre sí mismos y descubrir la riqueza y posibilidades de su propio ser, en la historia y cultura de México. De hecho, el pensamiento mexicano y chicano constituyen una unidad indisoluble, retroalimentándose mutuamente. A partir de esa década, la palabra *chicano* evoca una pluralidad de imágenes; conduce a pensar, en primera instancia, en un movimiento político-social basado en diversos aspectos de la Revolución Mexicana y, por otro, en un renacimiento cultural. Uno de los principales problemas que surgen cuando se intenta abordar cualquier tema relacionado con lo chicano es, precisamente, el signi-

ficado y uso que se le otorga al término. Sin embargo, la autodesignación de cualquier grupo étnico o político reviste una importancia singular ya que reintegra el orgullo e infunde renovadas energías.

En este tenor, existe hasta el momento un gran debate sobre el significado de *chicano*, aunque la diferencia de opiniones nos muestra claramente que esta variedad de interpretaciones representa también genuinas versiones ideológicas entre los diversos grupos que integran el Movimiento Chicano. Como adjetivo se ha empleado tanto y tan a menudo en las últimas dos décadas, que corre el



Fotografía: David Villarruel

peligro de perder su carga semántica, o sea, *que puede llegar a no decir ya nada*.¹

El análisis más serio y la interpretación más objetiva respecto de la etimología concreta, junto con sus matices, fueron realizados por Tino Villanueva, quien señala muy acertadamente que: "Chicano tenía un significado peyorativo usado para designar a un mexicano de clase *inferior*; entendiendo por mexicano a un ciudadano estadounidense de ascendencia mexicana, fuese oriundo de los Estados Unidos o ciudadano ya naturalizado."²

Chicano implicaba, por otro lado, una categoría social de bajo estatus para referirse a un obrero eventual, transitorio, básicamente asignado a las labores agrícolas, relegado por ello a una categoría secundaria. Presionado a defenderse de la marginación y

el dominio político, económico y social de una mayoría estadounidense dominante, intentó fracturar la relación de dependencia y retomó el término *chicano* con toda su carga ideológica, para hacer frente a esa sociedad. A pesar de que se han elaborado toda una serie de estudios semántico-lingüísticos para considerar el término a partir de sus componentes fónico-morfológicos, en la actualidad: "(...)el término Chicano abarca todo un universo ideológico que sugiere no sólo la audaz postura de autodefinición y desafío, sino también el empuje regenerativo de autovoluntad y de autodeterminación, potenciado todo ello por el latido vital de una conciencia de crítica social; de orgullo étnico-cultural; de concientización de clase y de política."³ Lo que implica que *chicano* es alguien que intenta cambiar estructuras sociopolíticas para lograr la justicia y la dignidad personal y que, a diferencia de los *México-americanos* aculturados al sistema, constituyen un grupo interno aglutinado en el Movimiento Chicano, o La Causa (social).

*Nuestra insistencia en llamarnos nosotros mismos Chicanos, se apoya en la realidad de que no somos únicamente un grupo minoritario más en los Estados Unidos. Rechazamos los juegos semánticos de sociólogos y mexicanos "blanqueados" que frenéticamente nos identifican como: México-americanos, hispano-americanos, latino-americanos, de habla hispana, de apellido hispano, americanos de ascendencia mexicana, etcétera.*⁴

Pero el problema mayor estriba en que hay muchas definiciones para chicano que dependen, en última instancia, de la persona que las dé: "Para mí un Chicano es cualquier persona de ascendencia mexicana que reside permanentemente en Estados Unidos, quiera o no usar el término."⁵ Para otros autores "Chicano es una palabra seleccionada conscientemente por algunas personas como un símbolo de identificación positiva con una herencia cultural viva, única."

En 1969, durante la celebración de la Primera Conferencia Anual de la Juventud Chicana, celebrada en Denver, Colorado, Rodolfo *Corky* González resucitó la palabra *chicano* para referirse a los mexicanos que nacieron en Estados Unidos y que han optado por no identificarse ni como estadounidenses ni como mexicanos. En este punto, se hace necesario aclarar que *chicano* no se emplea de manera general ni por todas las clases sociales ni por todas las generaciones. El propio término ha

evolucionado de manera excepcional, aunque continúa teniendo el sentido con el que se comenzó a usar. Inclusive ha sido ya reconocido por la Real Academia de la Lengua Española y por el Diccionario de Filosofía Latinoamericana. En este último, Axel Ramírez señala que: "Chicano(a) (adj.) es un (...) Estadounidense de ascendencia mexicana cuya ideología se sustenta en una herencia cultural opuesta a lo angloamericano,"⁶ define el Chicanismo como: "La filosofía del Movimiento Chicano sustentada en el nacionalismo, entendido éste como el punto aglutinador que trasciende todas las facciones de clase, políticas, económicas y religiosas, a favor de un común denominador que permita amalgamar a todos los miembros de la comunidad." Como contraste, para algunos investigadores, el término *chicano* "fue creado por una élite de estudiantes educada y radical que no refleja la experiencia de la mayoría de la población de origen mexicano que es de clase trabajadora(...)".

Sin embargo, no cabe la menor duda de que lleva implícito un elemento aglutinador, un orgullo étnico-cultural y de concientización de clase, aunque para otros más "el término chicano, ahora guardado como reliquia en los nombres de centros de investigación que se han vuelto más moderados al paso del tiempo; nunca fue el término preferido por más que una pequeña minoría de mexicano-estadounidenses."

Chicano fue el término utilizado por los jóvenes en la década de los años sesenta, término que ya no comparten los jóvenes actualmente, lo cual era previsible. Por otro lado, posiblemente sólo aquellos que no están involucrados en el proceso político prefieran designarse de otra manera, pues el término constituye una diferencia de perspectiva en los niveles de conciencia política a pesar de que la etiqueta le ha sido repugnante tanto a una clase mexicana como a la otra⁷ ya que "(...)el pensamiento mexicano nos ha considerado como una especie de niños bastardos; traidores, además, de a una patria, a una cultura y a una lengua."⁸

Pero cualquiera que haya sido el origen, es mucho más importante considerar el hecho de que, a mediados de los años sesenta, el término lo adoptamos aquellos que experimentábamos el orgullo de una nueva etnicidad, haciendo una separación funcional entre el origen mexicano y la residencia en Estados Unidos que nos hacía diferentes. Lo importante aquí es tener presente que la gama política de

los chicanos es muy amplia y variada, sin importar cómo prefieran ser llamados ellos mismos. En resumidas cuentas, el término *chicano* depende del contenido político que le otorgue quien lo usa.

Cultura chicana

Por varias razones, muchos chicanos en vía de asimilación total se percataron de que la norteamericanización implicaba una pérdida de sus valores culturales arraigados en su origen mexicano, es decir, un *autoetnocidio* que finalmente no conduciría a la aceptación total por parte de la población anglosajona dominante. Es aquí donde se presenta el síndrome del hijo pródigo, o sea, un cambio de actitud que conlleva una toma de conciencia, una revalorización y acercamiento de la imagen étnica y la cultura materna que había sido abandonada. Para poder sobrevivir en un mundo de hegemonía anglosajona, el chicano hace un esfuerzo para mantener costumbres, idioma, canciones, mitos, cuentos, leyendas, etcétera, aunque su conducta se viste de heterogeneidad, evidente en las manifestaciones de cultura chicana y anglosajona que coexisten: “en algunas vecindades, donde los inmigrantes mexicanos han desplazado a los chicanos, ahora se fabrica una mayor variedad de pan típico, aunque las panaderías mexicanas siempre existieron en East, Los Ángeles. Específicamente, se ve más el pan de muerto, precisamente porque los mexicanos lo piden y los panaderos se dan cuenta de que su arte tiene una gran demanda.”⁹

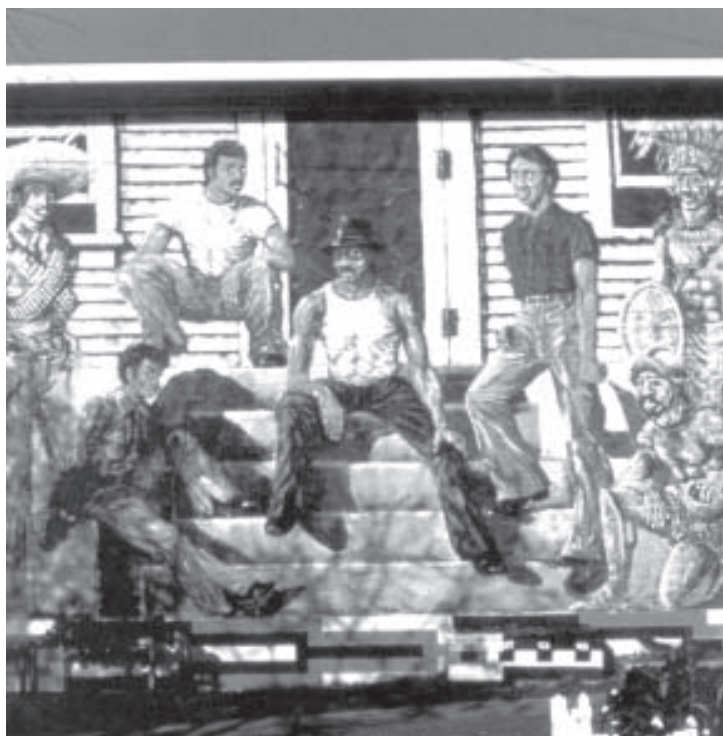
Por otro lado, la celebración de las quinceañeras es más común y las casas son pintadas de colores más llamativos y contrastantes (siguiendo el esquema de colores del mexicano); en los jardines es muy común encontrar estafiate, hierbabuena, anís, manzanilla, ruda, romero y otras yerbas medicinales.

En la mezcla de culturas chicana y anglosajona se juegan “Listones” y “Doña Blanca” al igual que “Ring around the rosies”, y se escucha “pim, pon papas” y “tin marín de do pin güe” con “One potatoes, two potatoes” y “Ennie, meani, minee, mo”; “A la vívora, vívora de la mar” con “London Bridge”. Paralelamente se escucha la leyenda de la *White Lady* con la de *La Llorona*, de la cual se dice que aparece en

algunos lagos de parques municipales.¹⁰ A los niños se les dice que el conejito de Pascua (*Easter Bunny*) traerá los huevos decorados; que Santa Claus entregará los regalos de Navidad, y que un diente de leche caído se avienta en dirección al Sol, al tiempo que se pide un deseo. En los cumpleaños se cantan “Las Mañanitas” o “Happy Birthday” y se quiebra la piñata. “En cuanto a las bodas, algunos chicanos se casan vestidos de charros, otros de smoking y se decoran los carros de los novios y de los padrinos con flores artificiales. En la recepción, se escuchan mariachis o grupos jarochos. En otras ocasiones sólo se escucha música salsa, disco o punk. El baile del dólar es muy común y las canciones predilectas de los novios son: *Angel Baby*, *That’s all y It’s imposible*.”¹¹

El pachuco, fenómeno sociocultural de la década de los años cuarenta, influyó bastante en los jóvenes chicanos de aquella época, quienes copiaron vestimenta, peinado, forma de bailar, etcétera. Fue tan profundo su impacto, que incluso tuvo una gran influencia en la juventud mexicana de los años cincuenta, quienes al igual que los anglosajones, imitaban su rebeldía.

Un ejemplo de este tipo de transculturación entre la cultura chicana y la anglosajona, es la



“Ghost of the Barrio”. Obra de Wayne Alaniz Healy, 1974. *Los Ángeles Murals*

declaración de Roy Orbison, cantante de esa época: “Now, at this time (1965) everybody was Elvis; it was just like the Beatles had hit any group that came along, it was ‘Hey, there go the Beatles’ We were all doing the same thing. We were wearing pegged pants, duck-tailed haircuts. That was mostly a Spanish (pachuco) influence in West Texas.”¹² En el pensamiento chicano es posible encontrar muchas creencias vitales, perspectivas históricas y conceptos culturales derivados de la vida intelectual y popular mexicana. Conceptos eminentemente chicanos como *Aztlán*, *Flor y Canto* y *Quinto Sol*, entre otros, así como la perspectiva histórica dominante, según la establecieron los portavoces chicanos entre 1967 y 1972, atestiguan un proceso lento y continuo por recobrar lo mexicano.¹³ De acuerdo con este autor, en la visión histórica de los chicanos se hacen evidentes conceptos tomados de Octavio Paz, José Vasconcelos, Miguel León Portilla, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, José Clemente Orozco, el Dr. Atl y, obviamente, el grabador José Guadalupe Posada.¹⁴

La historia de México entró dramáticamente en el pensamiento chicano en 1967, con el poema épico *Yo soy Joaquín/I am Joaquín* de Rodolfo Corky González, ya mencionado con anterioridad, texto que fue fundamental para la búsqueda de la identidad chicana durante dos décadas.¹⁵ Posteriormente, en 1972 apareció un libro que fue básico y muy importante: *Aztlán: Anthology of Mexican American Literature*, editado por el dramaturgo chicano y fundador de *El Teatro Campesino*, Luis Valdez en coautoría con Stan Steiner, cuya introducción resume el pensamiento chicano de aquellos años.¹⁶

En la literatura, *Pocho* (1959) de José Antonio Villarreal y *Chicano* (1970) de Richard Vázquez, por mencionar sólo dos obras, utilizan el tema de la Revolución Mexicana, así como el fenómeno de la migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos, con todas sus consecuencias. No cabe la menor duda que *Pocho* está inspirada también en el *Retrato de un artista adolescente* de James Joyce y en *You can't go home again* de Thomas Wolfe.

De hecho fue en 1967 cuando Octavio Ignacio Romano, Herminio Tríos y otros fundan la casa editorial Quinto Sol Publications en Berkeley, California, y elaboran la revista *El Grito*. Dos años después, en 1969, Quinto Sol Publications saca la primera y muy mexicanista antología de literatura

contemporánea chicana: *El Espejo: The Mirror* y, ese mismo año, en Denver, Colorado, la Crusade for Justice, organización que dirigía Corky González, organiza la primera reunión anual de la juventud chicana, donde se ratifica *El Plan Espiritual de Aztlán*, un manifiesto “cuyo modelo fue el manifiesto que en 1922, elaborado por David Alfaro Siqueiros, se envió al Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México.”¹⁷

En 1970 se fundó en la Universidad de California, Los Ángeles, una revista chicana con el nombre de *Aztlán*, cuyo primer número fue publicado en inglés y español, divulgando el *Plan Espiritual de Aztlán*. Es una publicación muy importante porque contiene el primer guión de periodización y la primera bibliografía de historia chicana.

El concepto prehispánico que más ha influido en la cosmovisión chicana es el que fue tomado de *Aztec Thought and Culture*, versión inglesa de *La filosofía del pensamiento náhuatl* de Miguel León Portilla, publicado en 1963 por la Universidad de Oklahoma; *Aztlán: Chicano Journal of the Social Sciences and The Arts* abrió nuevas perspectivas, siendo catalogada como la más importante de las revistas chicanas.

La cultura popular mexicana inspiró, en gran parte, a *El Teatro Campesino* de Luis Valdez, fundado en Delano, California, en 1965, para apoyar la lucha de César Chávez en la creación de un sindicato de jornaleros agrícolas. Tanto para chicanos como para mexicanos, las grandes civilizaciones prehispánicas guardan importancia artística y cultural. Mas, para los chicanos, los centros ceremoniales y las pirámides de Teotihuacán, Chichén Itzá, Uxmal y Palenque constituyen símbolos de la sobrevivencia indígena en el presente, manifestaciones de una herencia espiritual y artística, depositarios de la grandeza mexicana antes de la llegada de los españoles. Pensadores y creadores chicanos incorporan a su reflexión las visiones míticas, leyendas y cosmología nahua sobre todo, y cuentan entre sus héroes predilectos a figuras históricas y dioses aztecas como Nezahualcóyotl y Cuauhtémoc, a Quetzalcóatl, la Coatlicue, Tonatiuh, Huitzilopochtli, etcétera.¹⁸ La veneración de los chicanos por el mundo precolombino se explica fácilmente. El Movimiento Chicano fue, por encima de todo, una búsqueda por los orígenes históricos y las raíces de su herencia mexicana.

El remontar su nacimiento a la etapa prehispánica fijó, como creencia vital en el pensamiento y espíritu de los chicanos, la idea de que sus antepasados poblaron las tierras del Nuevo Mundo mucho tiempo antes que los europeos, particularmente antes que los anglosajones, quienes tipificaron a mexicanos y chicanos como extranjeros en la tierra de sus antepasados.

El deseo de los chicanos por conocer la historia y la cultura de México los condujo, a fines de los años sesenta, a fundar centros culturales en donde se impartían cátedras sobre la historia, cultura y artes de México, como fue El Centro Campesino Cultural fundado por Luis Valdez en 1967, en Del Rey, California. Es muy probable que La Casa del Obrero Mundial, fundada por el Dr. Atl, sirviera como modelo e inspiración para los centros culturales chicanos.

Por su lado, la intercambiabilidad entre la cultura chicana y la anglosajona se puede detectar más fácilmente en la poesía; que ha llegado a una altura impresionante. La poesía bilingüe o *binary phenomena*¹⁹ es un género en el que se emplea una calculada distribución de inglés y español para elaborar y apurar un mismo poema hasta su finalidad, *que no emerge hasta los años sesenta ya en pleno Renacimiento cultural chicano.*²⁰

Sense perception

*Your body
Like hell or heaven
hipnotizado de ternura
consumiéndose en la noche.*

*Tus senos como camaleones
teardrops of anguish
y de hechizos
mountains of love and pain.*

*Let me walk alone again
rompe-cadenas
empty brown soul
estigma de tus labios.*

*Mirrors inside mirrors
el habla simbólica de tu pecho
the spirit of chicanism
¡qué horrible es el grito del parir!*

Axel Ramírez²¹



“Takeover”. Obra de Roger Lucero, 1978. Chicano Park

El fenómeno binario se presenta más que nada porque el chicano es poseedor de un *bivisualismo*, ya que existen ocasiones en que enfocan desde dos perspectivas una realidad determinada, a decir de Tino Villanueva, dicho fenómeno se genera a partir de un *bisensibilismo*, que ha sido creado por la circunstancia bicultural. “Es decir que, como ciudadanos norteamericanos de estirpe mexicana, claro está que nos movemos entre dos culturas: la de la intrahistoria, o sea, la heredada, que a diario seguimos mamando del seno del hogar; y la otra, la oficial, la que formula nuestra vida educativa y que rige nuestro comportamiento profesional de acuerdo con las tradiciones y las leyes anglosajonas-norteamericanas.”²²

Hay que comprender que la cultura es un proceso dinámico al que afectan la *difusión* y la *innovación* para producir un cambio cultural. La difusión ocurre cuando un patrón o idea de la cultura cambia de una sociedad a otra; quizá los portadores de determinadas pautas culturales sean capaces de transferirlas sin demostrar su uso. En cualquier caso, el rasgo debe ser modificado por la sociedad receptora que lo adapta a su uso, le otorga una nueva etiqueta y lo fija con los demás patrones existentes. La *innovación* a su vez, ocurre cuando un individuo descubre a otros en la sociedad que no había visto ni entendido, o genera un nuevo artículo o idea que no había experimentado antes.²³ El origen de la mayoría de los cambios culturales es la interacción entre dos diferentes culturas y el cambio no constituye simple y llanamente un intercambio de pautas culturales, sino que involucra relaciones muy complejas entre las instituciones de ambas sociedades. Los chicanos, en su búsqueda

de identidad, han llegado a crear un ser *bilingüe-bicultural* con una alta capacidad de desplazamiento en dos culturas, como producto de una nueva frontera.

Entiéndase, en fin, que como estadounidenses vivimos en un país que en la actualidad se coloca en cuarto lugar en el número existente de hispanohablantes. Si entendemos, pues, que nuestra sensibilidad se ha desarrollado entre dos culturas; que amén de ser hispanohablantes e hispanoactuales somos también angloparlantes y angloactuales, y que es de esta circunstancia de donde brota la expresión de cada día, y que también de ahí surgen las asociaciones verbales y las dos sintaxis.²⁴

La cultura chicana es aplicable a la comunidad porque representa utilidad y valor para los chicanos; constituye una fuente de conciencia y orgullo y revierte el proceso de norteamericanización propiciando un cambio político, social y económico, desafiando lo que hasta hace poco había sido la norma, pero generando mayores esperanzas para la gente de Aztlán.

La educación bilingüe: ¿un experimento perenne?

En lo que pudiera denominarse la historia reciente de la educación bilingüe en Estados Unidos, ésta comenzó prácticamente con la llegada de cientos de miles de exilados cubanos a Miami después del triunfo de la Revolución Cubana comandada por Fidel Castro en 1959. Cuatro años después, se inició un experimento sobre la educación bilingüe teniendo como escenario la escuela Coral Way, situada en el condado de Dade, en donde habían coincidido un número considerable de niños cubanos hispanohablantes y estadounidenses angloparlantes, como parte de un programa especial que comprendía desde el jardín de niños hasta el octavo grado.²⁵

Sin embargo, dicho programa tuvo un antecedente muy fuerte ya que, la Comisión por los Derechos Civiles creada por el Congreso Federal en 1957, promovió una serie de estudios, básicamente en el suroeste del país, con la finalidad de detectar violaciones de los derechos civiles y humanos de ciudadanos estadounidenses. Debido al pésimo estado en que se encontraban los niños chicanos, el Congreso de Estados Unidos decidió investigar el problema en 1967, de donde nació un proyecto de ley para la educación bilingüe, aprobado en

1968 bajo el título de *Ley de Educación Bilingüe* como una enmienda (Artículo VIII) a la Ley de Educación Elemental y Secundaria de 1965. De inmediato se iniciaron programas en varios idiomas, aunque el objetivo principal fueron los alumnos hispanohablantes.²⁶

Josué González denunció en aquella época que la legislación original tenía aspectos positivos y negativos. Respecto al primero de ellos, dijo que el Congreso había reconocido la urgente necesidad educativa de miles de niños, y el hecho de que la educación bilingüe le proporcionaría mejores beneficios a éstos dentro del sistema escolar; el lado negativo era que el Congreso veía esto como un remedio temporal, ya que la educación bilingüe estaba considerada apropiada para alumnos *en desventaja* a causa de su lengua y su cultura,²⁷ situación que ha cambiado realmente poco.

Un hecho muy importante se presentó en el caso de los niños puertorriqueños. Por primera vez, se autorizó a Puerto Rico el uso de fondos para crear programas bilingües, diseñados para enseñar castellano a niños puertorriqueños angloparlantes, nacidos y criados en Estados Unidos, cuyas familias habían regresado a la isla después de residir durante muchos años ahí; fenómeno que vino a romper con la tradición y orientación asimilacionista estadounidense.²⁸

Sin embargo, el disparador de todo esto lo constituyó, sin lugar a dudas, los diversos litigios jurídico-educativos que se iniciaron con un caso que curiosamente no está muy relacionado con la educación: *Plessy vs. Ferguson* (1896); la decisión se basó en la constitucionalidad del acta del estado de Louisiana que permitía vagones de ferrocarril para pasajeros blancos y negros; situación que también se podía aplicar a las aulas educativas y, que a fin de cuentas, en ambos casos, se trataba de un acto eminentemente "racial". *Cumming vs. County Board of Education* (1899) fue el primer caso en que una escuela ponía a prueba la doctrina de *Plessy*: "separados pero iguales", lo que condujo una vez más a demostrar que la Suprema Corte respaldaba la segregación y privilegiaba a la población blanca anglosajona.²⁹ No obstante, en 1954, durante el caso *Brown vs. Education of Topeka*, fue anulada la doctrina de "separados pero iguales" por la Suprema Corte de Estados Unidos. Un año después, en el mismo caso, la Suprema Corte sostuvo que la discriminación racial era *anticonstitucional*

y que toda legislación federal, estatal o local que la autorizara sería eliminada. Irónicamente, aunque la discriminación de los mexicanos era ilegal, a los chicanos siguió marginándoseles, lo que hasta la fecha es un patrón en varias instituciones educativas.³⁰

Por ejemplo, a pesar de que el castellano es actualmente la segunda lengua en Estados Unidos, en muchos lugares utilizan los criterios que establecieron los educadores racistas: “1) *El inglés es el idioma establecido en los Estados Unidos y todos sus ciudadanos deben aprenderlo;* 2) *El alumno tiene mejor provecho si habla bien el inglés, lo que ensancha sus oportunidades de educación y empleo, mientras que el castellano constituye un obstáculo;* 3) *El inglés bien hablado les da oportunidad a los México-americanos de competir con los anglosajones y;* 4) *Es de mala educación hablar en un idioma que no entienden todos.*”³¹

Por si fuera poco, en 1969, la Comisión de Derechos Civiles de Estados Unidos detectó una peligrosa anomalía en la regla de “no español” (*No Spanish Rule*) que se estaba aplicando en los estados del suroeste. Un considerable número de escuelas impedían el uso del castellano en las aulas y en las canchas deportivas.³²

El idioma es usado a menudo como base para “encarrilar” —track— a los niños chicanos en programas para alumnos en desventaja. El Dr. George I. Sánchez encontró que persistía la creencia entre los educadores de que un idioma que se habla en casa —aparte del inglés— constituye un obstáculo; que de algún modo los niños que conservan el castellano como lengua materna están condenados al fracaso (...) en efecto, que ellos tenían *ipso facto*, una inteligencia inferior a la normal.³³

Desde luego, era y es vigente la política discriminatoria en contra de mexicanos y chicanos, condición que se perpetuaba a través del propio sistema

escolar estadounidense. El superfluo concepto de “escuelas mexicanas” no era otro más que separar a los niños de apellido latino de los de apellido anglosajón en una especie de *apartheid*, aparentemente por *motivos pedagógicos*. Si la discriminación racial, la marginación y el maltrato otorgados a los mexicanos y sus descendientes eran una fuerte preocupación en los años treinta y cuarenta, la exclusión del idioma y la cultura del chicano, así como la falta de atención a sus necesidades educativas, es todavía más problemática hoy.³⁴ Las percepciones negativas hacia la cultura mexicana y el idioma castellano continúan, ya que para el sistema estadounidense, el ideal de nación consiste en tener un país monolingüe y, por lo mismo, cualquier manifestación bilingüe tiene que ser sofocada.

De acuerdo con Carlos Haro, los chicanos y otras minorías han planteado que las escuelas monolingües y monoculturales han fallado con ellos, y que es tiempo de que se reconozca la diversidad del lenguaje y la cultura de la sociedad estadounidense. Un enfoque pluralístico de las escuelas podría utilizar el idioma y la cultura del chicano como un instrumento educacional para adquirir nuevos conocimientos.

Definitivamente, el precedente legal de mayor importancia sobre la educación bilingüe en Estados Unidos fue el litigio *Lau S. Nichols*. En el año de 1970, un grupo de estudiantes chinos de la ciudad de San Francisco hicieron una demanda en la Corte del Distrito Federal arguyendo que sus derechos civiles y constitucionales habían sido flagrantemente violados por no otorgárseles programas especiales con base en sus necesidades lingüísticas. Esto es, que casi 1,800 estudiantes chinos o de ascendencia china, ¡no hablaban inglés! Y aun a pesar de ello, el distrito escolar no reconoció este hecho; por el contrario, los demandados alegaban que ellos cumplían al proporcionar los mismos servicios bajo las mismas condiciones (libros, aulas, profesores, etcétera). La Corte apoyó al



Fotografía: David Villarruel



"La Alma". Obra de Emanuel Martínez, 1977. (CARA, CHICANO ART: RESISTANCE AND AFFIRMATION)

distrito escolar y, cuando los chinos apelaron, fueron nuevamente derrotados. Los estudiantes entonces acudieron a la Corte Suprema y, en enero de 1974, se emitió una decisión que causó un gran impacto en el sistema educativo estadounidense. "En una decisión unánime, la Corte Suprema dictaminó que no existía igualdad de trato por el mero hecho de proveer el mismo currículum, textos, profesores y aulas, ya que los alumnos que no entienden inglés de hecho están excluidos de recibir una verdadera educación."³⁵ Sin embargo, mañosamente, la Corte no quiso basar su fallo en una violación de derechos bajo la Constitución de Estados Unidos, sino que se limitó a establecer una violación de tipo menor basándola en una interpretación que la Oficina de Derechos Civiles del Departamento de Salud, Educación y Bienestar Público (HEW) hizo del Artículo VI del Acta de Derechos Civiles de 1964. En pocas palabras, se escudaron en el hecho de que: "Cuando la falta de habilidad para hablar y comprender inglés excluye a estudiantes minoritarios de participar en forma efectiva en el programa de estudios que ofrece un distrito, el distrito tiene que tomar medidas afirmativas para corregir la deficiencia lingüística y abrir su programa de instrucción a esos alumnos."³⁶

Los estudios chicanos: identidad y desafío

A finales de la década de los años cincuenta, cuando el Comité de Actividades Antiamericanas efectuó una de sus reuniones en San Francisco,

California, los miles de trabajadores sindicalizados que estaban en contra del Comité fueron acompañados en su lucha por un gran número de estudiantes procedentes de las universidades de Berkeley, Stanford, y otras más del área de la Bahía. Estos estudiantes eran predominantemente anglosajones, ya que muy pocos estudiantes chicanos asistían a las universidades en aquellos años.

A principios de los sesenta, y debido a la intervención de Estados Unidos en América

Latina, algunos grupos de estudiantes chicanos se erigieron como líderes de protesta en algunas universidades: "recuerdo a Froben Lozada en Merrit College, de Oakland, junto con Pete Carmejo, quienes posteriormente fueron líderes trotskistas,"³⁷ quienes comenzaron a estar activos dentro del movimiento estudiantil chicano. Algunos de estos tempranos activistas estudiantiles se dirigían a públicos de habla hispana, imprimían panfletos en español y los distribuían en toda el área de la Bahía; posteriormente fueron sustituidos por otros estudiantes.

Conforme aumentaba la matrícula de estudiantes chicanos en las universidades, comenzó a definirse una nueva organización estudiantil chicana: MECHA (Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán). Este nuevo liderazgo trajo como consecuencia cambios importantes, que incluían: más inscripción de chicanos en las universidades, creación de programas de estudios chicanos, así como centros de investigación. En estos últimos se comenzó a trabajar básicamente con problemas relacionados con la comunidad, abuso de la fuerza policiaca, reprobación de alumnos chicanos en escuelas secundarias, trabajo, salud, etcétera.

Gradualmente se fue dando una fusión muy importante entre los estudiantes universitarios y la gente joven de los barrios en un intento por unir Universidad-comunidad; fue precisamente en este contexto cuando surgen los Boinas Café (*Brown Beretts*), que en su mayoría eran estudiantes, aunque también había gente de los barrios. A mediados de los años sesenta, los jóvenes estudiantes chi-

canos se aglutinaron en torno a la idea de un movimiento que se llamó Movimiento Chicano, integrado por una nueva generación que comenzaba a ser nacionalista, que deseaba hablar español, y que esperaba recobrar sus raíces.³⁸

Ésta fue precisamente la generación que resucitó el término chicano como una etiqueta de autoidentificación y de orgullo étnico. La palabra *chicano* no era nueva en aquella época; Bert Corona la escuchó por primera vez en El Paso, Texas, allá por los años veinte. De acuerdo con él, dicho término era usado por gente del barrio, como un término de pertenencia y una manera de identificarse con la comunidad y nuestra gente.

Yo la uso, y se puede escuchar en todas las clases sociales; nunca escuché ni a mi abuela ni a mi madre objetarla. Aunque en una primera etapa yo preferí simplemente usar la palabra mexicano. A veces digo chicano y recuerdo que el término fue usado en los 30s, 40s y 50s.³⁹

El que se haya revivido el término para 1960, no causó ninguna sorpresa, y fue irrelevante el que algunos México-americanos objetaran su uso. El hecho es que chicano fue usado por activistas y no activistas; fue uno de esos términos de identificación étnica por parte de los mexicanos residentes en Estados Unidos, y que tuvo que ser sensible en su diversidad.

Para analizar la historia chicana es necesario hacer una consideración profunda para comprender lo que cada periodo significa. “No hacer esto es caer en interpretaciones cínicas y románticas de lo que hemos hecho.”⁴⁰

Con demasiada frecuencia ignorábamos el pasado y los errores que habían cometido otras generaciones. Demasiado frecuentemente no emprendíamos un estudio profundo de las cuestiones que planteábamos. Con demasiada frecuencia dejamos que la emoción nos orientara cuando la claridad de pensamiento debería de haber sido nuestra guía.⁴¹

Durante el verano de 1965, 1966 y 1967, las rebeliones de los negros impactaron al país con fiereza, y el hecho de que contaban con el apoyo tácito, cuando no activo, de las masas negras. Líderes carismáticos electrificaban la conciencia pública mediante la utilización de un medio de difusión que no había perfeccionado la censura de las noti-

cias (*news blackout*), lo que aceptamos actualmente como producto básico del control de las empresas sobre los medios de comunicación masiva.

La juventud de Estados Unidos y las minorías étnicas se dieron cuenta de la fuerza que podían generar poniéndose en contra del *American Dream*. Esta década se convirtió en el momento de desafiar los mitos sagrados, y de construir los sueños acariciados. Para muchas personas del país esto era una entrada tardía en el siglo xx.⁴² Los inicios precisos y exactos de esta corriente son vagos e imprecisos. “Hay alguna evidencia de que el Movimiento Chicano surgió de un grupo de conferencias efectuadas en la Universidad de Loyola, en Los Ángeles, durante el verano de 1966.”⁴³ Irónicamente, la Universidad de Loyola nunca se distinguió por su interés en educar a los mexicano-americanos, por eso el Movimiento Chicano, aunque surge prácticamente en un contexto universitario, atrajo a muchos elementos que no eran estudiantes, pero a quienes simpatizaba la ideología del chicanismo.

La Universidad estadounidense constituye un complejo muy difícil de analizar ya que el pragmatismo, aunque no posee ninguna ideología, se adueña de las demás ideologías. En Estados Unidos, la Universidad como tal, presenta la imagen de un complejo arbitrario de ideologías y posiciones diversas. En los años sesenta, fueron precisamente las universidades las que sentaron las bases para la preparación de líderes radicales, activos y pragmáticos, como fue el caso de Mario Sabio en la Universidad de California, Berkeley, pero, ¿hasta qué punto esa “libertad” de expresión y actuación era real?, ¿cuál ha sido realmente el papel desempeñado por la Universidad anglosajona? La respuesta no es tan sencilla, ya que usualmente el desempeño de las mismas es preparar jóvenes en el contexto de la mentalidad imperialista, con un discreto disfraz de “radicalismo”, ya que esta última clasificación también tiene connotaciones diferentes a como se manejarían en el ámbito latinoamericano. No es lo mismo ser radical en Texas que en el Putumayo; como no es lo mismo ser radical en California que en Milwaukee, o ser opositor en La Habana que en Miami.

Sin embargo, la represión a la ciencia social crítica y a los intelectuales se ha realizado tradicionalmente en el vecino país del norte. A partir de la Segunda Guerra Mundial se presentó una cooptación masiva de intelectuales que fueron enfrentados

a los regímenes burgueses totalitarios como forma de controlar el mercado mundial, “lo que condujo a los estratos científicos estadounidenses a alinearse con el proyecto imperial de su clase dominante”⁴⁴ y, precisamente, el gran surtidor de dicha élite científica son las universidades. Al interior del país, las minorías étnicas fueron consideradas como un problema de seguridad nacional, ¿qué papel entonces desempeñaron las universidades ante esta problemática? Jugar al abogado del diablo, sin duda: la aparente libertad de cátedra, de expresión y de actuación, frente a la represión soterrada, y a veces no tanto. Un esquema aparentemente igualitario, pero diferente. La Universidad como medio de superación, pero con una adhesión incondicional al sistema. Precisamente, la ideología del chicanismo no podía tener cabida en el medio universitario estadounidense, sin embargo, se desarrolló ahí aun con la tutela y consentimiento del sistema.

El Movimiento Chicano se dividió, desde un principio, entre moderados y radicales. Mientras que los moderados intentaron efectuar cambios importantes dentro de la sociedad estadounidense por medio de formas no violentas, los radicales expresaron la necesidad de “actividad revolucionaria” aun cuando no definían ni los detalles ni la dirección de esta revolución. A pesar de que admiraban el estilo de vida y las aspiraciones de líderes revolucionarios como el Che Guevara, hasta ahora no han hecho ninguna conexión sistemática teórica entre el Movimiento Chicano y la literatura revolucionaria.

A las bases teóricas del Movimiento Chicano frecuentemente les faltó un claro sentido de dirección,⁴⁵ reflejado en la ideología del chicanismo. Básicamente ecléctico, el chicanismo derivó su inspiración al exterior de Estados Unidos y de fuentes ajenas a la experiencia mexicano-estadounidense. Por ejemplo, la Revolución Cubana ejerce alguna influencia, en la misma forma en que despliegan la trayectoria y los ideales del Che Guevara... más recientemente, los chicanos intentaron revivir la Revolución Mexicana.

Una de las corrientes del Movimiento Chicano fue la marxista; aunque otros muchos se dejaron ilusionar por una corriente maoísta que nunca comprendieron cabalmente. Muchos de los líderes chicanos que aún se autodefinen como marxistas “tampoco escapan de la *Zitgeist* de la mediocridad que se ha apoderado de las ciencias sociales en

todo el mundo. La discusión y las conmemoraciones del *Manifiesto Comunista* han proporcionado nuevas evidencias de este fenómeno. Mientras los *socialistas de cátedra* se agotan en la exégesis de los sagrados textos de los fundadores, se les olvida el alpha y omega de la filosofía de la *praxis* de Marx y Engels: la onceava tesis sobre Feuerbach. Han vuelto a la situación anterior a 1847, interpretando de nuevo nociones en lugar de realidades, quedándose, en consecuencia, marginados de la dinámica real de la evolución.”⁴⁶

Las universidades estadounidenses, en tanto, nunca han asumido una posición crítica y esto afectó mucho al Movimiento Chicano. Estas instituciones nunca pudieron “formar un contrapeso efectivo al complejo militar-industrial del país”. El senador Fulbright lo señaló con mucha certeza: las universidades en lugar de reforzar el énfasis en los tradicionales valores de nuestra democracia, se han unido al bloque monolítico del poder.⁴⁷ Los científicos sociales, por su parte, se convirtieron en agentes de esa política y, mientras los jóvenes disidentes pugnan por la resurrección del *American Dream*, las generaciones mayores los corrompían.⁴⁸

Donde más se notó el enlace entre académicos universitarios y el complejo militar-industrial fue, sin lugar a dudas, el *Proyecto Camelot*, un proyecto de contrainsurgencia global preventiva, en el cual participaron muchos científicos de todas las partes del mundo. El Proyecto constaba de tres apartados: a) desarrollar un “modelo dinámico del sistema social” capaz de detectar “los indicios de condiciones y tendencias” que podrían llevar “a la guerra interna”; b) analizar los probables efectos que tendrían “diferentes medidas gubernamentales sobre los procesos sociales de la cultura autóctona” y c) determinar las “interacciones dinámicas” entre esas diferentes clases de información y los actores sociales a fin de obtener “una base segura para la planificación y la política.”⁴⁹

El Síndrome de Vietnam vino a terminar con el cuadro debido, entre otros muchos factores, a lo impopular de la conflagración bélica.

A decir de Carlos Muñoz Jr., el radicalismo de los estudiantes en ese periodo fue generado por las condiciones políticas y sociales de la época, las que estuvieron caracterizadas por manifestaciones contra la pobreza, el racismo, y la impopular guerra

de Vietnam. Junto a esos acontecimientos, la juventud mexicana también solicitaba acceso a las instituciones de educación superior que, históricamente y de manera sistemática, los había excluido, la demanda por una educación universitaria que les permitiera aprender acerca de la cultura e historia de su propio pueblo, que les proporcionara el conocimiento y entretenimiento necesarios para llevar a cabo cambios en sus respectivas comunidades. Los Estudios Chicanos fueron el resultado de eso.⁵⁰

El primer Programa de Estudios Chicanos fue creado en 1968. Se han llevado a cabo varias interpretaciones, aunque hasta la fecha los Estudios Chicanos en sí mismos, no han estado sujetos a una investigación seria. Lo poco que se conoce sobre ellos se debe, entre otros muchos factores, a la naturaleza polémica de la retórica política de la década de los años sesenta. Aunque estos estudios han ido más allá de esa política, sus objetivos presentes y pasados permanecen poco comprendidos.⁵¹ Siguiendo muy de cerca a Muñoz, podemos decir que los Estudios Chicanos constituyen un producto meramente californiano, a pesar de que muchos de estos programas han sido establecidos en otros estados.

La gran mayoría de los programas fueron establecidos en los diferentes campus de la Universidad de California, California State College y el University System. De acuerdo con Carlos Muñoz, hubo dos razones muy poderosas para ello: 1) el hecho de que el estado de California contaba y cuenta con la población más numerosa de origen mexicano en Estados Unidos, y 2) el movimiento de los estudiantes chicanos de California hizo de los Estudios Chicanos su máxima prioridad y se embarcaron en una constante lucha por crear y mantener dichos programas. En contraste, las organizaciones estudiantiles chicanas concentraron los recursos universitarios en programas comunitarios y en diferentes organizaciones.

En el otoño de 1968, los administradores de diferentes unidades educativas del estado de California dieron respuesta a los estudiantes activistas chicanos en el sentido de crear cursos acerca de los diferentes aspectos de la experiencia chicana. En la mayoría de los lugares, se organizaron uno o dos cursos en departamentos académicos ya existentes, o dentro de programas interdisciplinarios y algunas veces en currícula especializada no afiliadas.

En el California State College, los estudiantes lograron edificar lo que sería el Primer Departamento de Estudios México-Americanos. Constaba solamente de dos cursos, uno de política del suroeste y otro de historia México-americana, que fueron impartidos por dos profesores de medio tiempo, estudiantes graduados del primer año de Ciencia Política y de Estudios Latinoamericanos; situación que se repetiría casi 20 años después, cuando fue creada el Área de Estudios Chicanos en el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), por un profesor chicano egresado también de la carrera de Estudios Latinoamericanos. Si en Estados Unidos los estudiantes activistas chicanos no fueron capaces de generar propuestas para la creación e institucionalización de los programas de Estudios Chicanos durante el año académico 1968-1969, en la UNAM, todavía en el 2002, no ha sido posible hacer entender a las autoridades y a los alumnos la importancia de contar con un Centro de Estudios Chicanos en la que se precia de ser la universidad más antigua del continente.

En el San Francisco State College, por ejemplo, el Departamento de Estudios de La Raza, dependiente de la Escuela de Estudios Étnicos, tenía como parámetros: "Los alcances y propósitos de la Raza Studies es proveer educación a chicanos y latinos(...) excluidos del proceso educativo(...) El concepto de educación... implica un nuevo entendimiento de la educación (y)(...) una fuerza poderosa en la renovación y reconstrucción del sistema completo de educación(...) para otorgar a la comunidad recursos con que puedan encarar el problema. Los recursos primarios... son individuos que son sensibles a las necesidades de la gente, con creatividad en el enfoque para la solución del problema, y equipados con el armazón necesario para servir a la comunidad."⁵²

El marco filosófico de este documento estuvo basado en gran parte en la propuesta de Estudios Chicanos elaborada por Jesús Chavarría, profesor asistente del Departamento de Historia, quien había sido uno de los principales organizadores del Plan de Santa Bárbara. La propuesta hacía hincapié en la antiasimilación y el antirracismo como punto de partida para los Estudios Chicanos, se proponía desarrollar esos programas dentro del contexto de un cambio político "debido a las características racistas de la sociedad estadounidense(...) en el pasado sólo

los mexicano-estadounidenses, de manera individual, obtenían estatus moderado y éxito en la sociedad dominada por angloamericanos(...) El precio de la asimilación resultó(...) en un regreso hacia la comunidad (...) la comunidad permaneció explotada, atrasada y estática. Ahora los estudiantes chicanos universitarios, no contaminados con el precio histórico de la asimilación, dirigirán el cambio dentro de la comunidad como punto de partida para su desenvolvimiento político y social.”⁵³

Está claro que el desarrollo de los Estudios Chicanos se colocaba en los mismos términos del movimiento estudiantil. Dado que este movimiento se comprometió a contribuir al cambio político y social de la comunidad chicana, quedó asentado que los estudios deberían ser parte integral de este proceso. La propuesta de Chavarría interpretaba las bases de la inquietud del movimiento estudiantil chicano para responder a las necesidades particulares y a las aspiraciones del barrio y de la colonia, sobre las mismas bases históricas de una minoría dentro de una sociedad dominante.

Finalmente, dado que el movimiento estudiantil intentaba hacer cambios en la comunidad chicana con respecto a la libertad de los valores culturales y el estilo de vida desde “un criterio estandarizado de la cultura anglosajona”, se hizo imperativo que los Estudios Chicanos desarrollaran una orientación académica y comunitaria. Se planteó que la Universidad, en sí misma, debería de distribuir su quehacer en el total de la sociedad y en la comunidad chicana a través de los programas de Estudios Chicanos: “En concreto, los estudiantes chicanos están buscando una auténtica libertad de expresión dentro del marco total de la Universidad y de la sociedad. Proclaman por una auténtica diversificación de la cultura americana, un proyecto que enriquecerá el quehacer universitario respecto a su misión cultural.”⁵⁴

Cabe resaltar que, lo que el Plan de Santa Bárbara no hizo fue definir o redefinir la currícula de los Estudios Chicanos, como se propuso en términos concretos, y pudo ser una auténtica alternativa en la currícula académica tradicional.

Aunque se insistía en que los Estudios Chicanos deberían desarrollarse en la dirección de un



“Obra dedicada al movimiento de la mujer” de Manuel Hernández Trujillo

marco de alternativa ideológico, nunca rebasó la mera ideología del “chicanismo” o del “nacionalismo cultural”, retórica propia del movimiento estudiantil. El resultado fue que estos estudios se perdieron mucho. Los creadores del Plan de Santa Bárbara no deseaban cambiar a la Universidad, sino aplicar sus recursos a las necesidades de la comunidad chicana. Ellos percibían concretamente la Universidad como *generadora y distribuidora* de conocimiento, e hipotetizaban que el acceso de los chicanos a la Universidad podría resultar en una reinversión de su conocimiento en interés de ellos mismos.

Paralelo a la publicación del Plan de Santa Bárbara ocurrió que algunos de los programas de Estudios Chicanos, que habían estado en proceso de creación, enfrentaron una lucha contra los administradores universitarios que se negaban a su apertura.

La huelga de estudiantes en San Francisco State College en 1968 y la de la Universidad de California, en 1969, demandando la apertura de Estudios Chicanos y Étnicos, fue a fin de cuentas el resultado de violentas confrontaciones entre la policía y los universitarios.

En el Fresno State College, la administración enfrentó varios problemas cuando el cuerpo facultativo de Estudios Chicanos quiso incorporar una representación de estudiantes y miembros distinguidos de la comunidad en el manejo de los Programas de Estudios Chicanos. Todos los académicos fueron despedidos y el programa se cerró temporalmente, hasta que se encontró nuevo personal y los Estudios Chicanos volvieron a adquirir una "orientación académica".

Los Programas de Estudios Chicanos también se caracterizaron por sus divisiones internas acerca de las prioridades y los objetivos a seguir. En la Universidad de California (UCLA), en Los Ángeles, al director del Centro de Estudios Chicanos, un sociólogo chicano, quien fue reclutado en la universidad de Yale, se le pidió renunciar por parte del Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán (MECHA), supuestamente porque defendía los objetivos de la universidad y no los de los estudiantes.

En la California State University, las cosas no fueron muy diferentes. Los profesores chicanos, que hasta 1973 habían desarrollado una orientación marxista, fueron marginados por aquellos que representaban "conceptos nacionalistas revolucionarios y culturales". A su vez, en la California State University, Northridge, los Estudios Chicanos comenzaron a orientarse hacia los temas de género, que emergieron entre el *staff* académico femenino.

En nuestro país, los Estudios Chicanos sólo han sido una especie de axiología fugaz. La UNAM, con su origen napoleónico y su obsesión por definir su quehacer con base en la difusión, la investigación y la enseñanza, no ha podido aceptar plenamente los Estudios Chicanos como un campo de estudio académico, distintivo y legítimo de la propia universidad. Tal vez el primer impedimento sea el machismo cultural de los mexicanos; o tal vez, como decía Don José Fuentes Mares, "todos los mexicanos llevan un chicano en potencial", aunque la realidad es que a éstos les da miedo verse reflejados en el espejo de lo chicano. Y quizá la propia Universidad mexicana esté impregnada de ese mismo espíritu.

Notas

¹ Tino Villanueva, *Chicanos (selección)*, Lecturas Mexicanas, número 89, FCE/SEP, México, 1985, p. 7.

² *Ídem.*

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*

⁵ Juan Bruce-Novoa, *Encuentro Chicano México 1987, Memorias*, CEPE/UNAM, México, 1987, p. 221.

⁶ Horacio Cerutti G., *et al.*, *Diccionario de Filosofía Latinoamericana*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 2000, pp. 94-98.

⁷ *Ídem.*

⁸ *Ibíd.*

⁹ Miguel Domínguez, "Un panorama del folklore del Este de Los Ángeles", en *Foro Interamericano: La Cultura Popular y la Educación Superior*, Universidad de Colima, Colima, 1981, p. 33.

¹⁰ *Ídem.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² Tino Villanueva (comp.), *Chicanos: Antología histórica y literaria*, colección Tierra Firme, FCE, México, 1980, p. 22.

¹³ Eliud Martínez, "Aspectos de lo Mexicano en el pensamiento chicano", mimeografiado, s/f, s/e, p. 2.

¹⁴ *Ídem.*

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ "Introducción: La Plebe".

¹⁷ Eliud Martínez, *op. cit.*, p. 6.

¹⁸ Eliud Martínez, *Ídem.*, p. 10.

¹⁹ Phillip D. Ortego, citado por Villanueva, *op. cit.*, p. 53.

²⁰ *Ídem.*

²¹ Axel Ramírez, *Sense perception*, Humanidades, UNAM, México, 13 de junio de 2001, p. 2.

²² Tino Villanueva, *Ídem.*

²³ Serena Nanda, *Antropología cultural; adaptaciones socioculturales*, Wadsworth Internacional/Iberoamérica, México, 1982, p. 24.

²⁴ Tino Villanueva, *op. cit.*

²⁵ Ricardo Fernández, "La educación bilingüe: Ideología, legislación y litigio", en *Los chicanos: Experiencias socioculturales y educativas de una minoría en los Estados Unidos*, UNAM, México, 1980, p. 86.

²⁶ *Op. cit.*, p. 87.

²⁷ *Ídem.*

²⁸ *Ibíd.*

²⁹ Carlos Haro, "Tratamiento escolar chicano: la educación bilingüe-bicultural como una alternativa", en *Los chicanos: Experiencias socioculturales y educativas de una minoría en los Estados Unidos*, UNAM, México, 1980, p. 108.

- ³⁰ *Op. cit.*, p. 110.
- ³¹ Comisión de los Derechos Civiles de los Estados Unidos, *The Excluded Students: Educational Practices Affecting Mexican in the Southwest*, reporte 3, 1972, p. 14.
- ³² Carlos Haro, *Ídem*.
- ³³ George Sánchez, "History, Cultura and Education", capítulo I, en Julian Samora, (ed.), *La Raza, Forgotten Americans*, University of Notre dame Press, South Bend, 1966, p. 15.
- ³⁴ *Ídem*.
- ³⁵ *Lau vs. Nichols*, 414, U.S., 563, en la página 566.
- ³⁶ Herbert Taitelbaum y Richard J. Hiller, "Bilingual Education: The Legal mandate", en *Harvard Educational Review*, volumen 47, número 2, (mayo, 1977), pp. 138-170, citado por Carlos Haro, *op. cit.*, p. 90.
- ³⁷ *Ídem.*, p. 256.
- ³⁸ *Ibíd.*
- ³⁹ *Op. cit.*, p. 256.
- ⁴⁰ Carlos Vásquez, "Hacia un nuevo comienzo; valoración crítica del Movimiento Chicano, 1965-1975", en *I Seminario sobre la situación de las comunidades negra, chicana, cubana, india y puertorriqueña en Estados Unidos*, ed. Política, La Habana, 1984, p. 274.
- ⁴¹ *Op. cit.*, p. 275.
- ⁴² *Op. cit.*, p. 277.
- ⁴³ Joan Moore y Alfredo Cuellar, *Los mexicanos en los Estados Unidos y el Movimiento Chicano*, colección Popular, número 110, FCE, México, 1972, p. 300.
- ⁴⁴ Heinz Dieterich, *Identidad Nacional y Globalización; La tercera vía: Crisis en las Ciencias Sociales*, Nuestro Tiempo, Colegio Latinoamericano de Posgrados, Foro por la Emancipación e Identidad en América Latina, México, 2000, p. 15.
- ⁴⁵ Moore y Cuellar, *op. cit.*, p. 280.
- ⁴⁶ Dieterich, *op. cit.*, p. 56.
- ⁴⁷ *Op. cit.*, p. 16.
- ⁴⁸ *Op. cit.*
- ⁴⁹ *Op. cit.*, p. 17.
- ⁵⁰ Carlos Muñoz, Jr., "The development of Chicano Studies", en *Chicano Studies A Multidisciplinary Approach*, Columbia University, Nueva York, 1984, editado por García, Lomelí y Ortiz, pp. 5-18.
- ⁵¹ *Ídem*.
- ⁵² Carlos Muñoz, Jr., *op. cit.*, p. 7.
- ⁵³ *Ídem*.
- ⁵⁴ *Ibíd.*

